

A-Caj. 183/8

A. Gaj. 183/8

R
92234



ORACION FÚNEBRE,
QUE EN LAS REALES EXEQUIAS,
QUE CELEBRÓ
LA SANTA Y REAL HERMANDAD
DE MARÍA SANTÍSIMA DE LA ESPERANZA
POR EL ALMA
DEL SEÑOR REY D. CARLOS III.
EL DIA 2 DE ABRIL DE 1789
EN LA IGLESIA DE RR. PP. CARMELITAS DESCALZOS
DE ESTA CORTE.

DIXO

El Dr. D. ANTONIO DE MEDINA, PALOMEQUE,
*Presbítero, Capellan mayor del Real Convento
de Señoras Comendadoras de Calatrava,*

MADRID.
EN LA IMPRENTA REAL.
1789.

ORACION FUNERARIA
QUE EN LAS REALES ESCUELAS
QUE CEBERON
LA SANTA Y REAL HERMANDAD
DE MARIA SANTISIMA DE LA ESPERANZA

FOR EL ANIMA
DEL SEÑOR REY D. CARLOS III.
EL DIA 2 DE ABRIL DE 1789

EN LA IGLESIA DE S. P. CARMELITA DE MADRID
DE ESTA CORTE



EL D. D. ANTONIO DE MEDINA, PALOQUEQUE,
Presbítero, Capellán mayor del Real Convento
de S. Carlos Comendador de Calatrava,

EN LA IMPRESA DE
D. J. G. V. G.

Princeps et maximus cecidit hodie in Israel.

Un Príncipe, y el mas grande, ha muerto hoy en Israel. *Lib. 2. de los Reyes, cap. 3.*

¿Es posible, Señor Excelentísimo, que á pesar de mi natural encogimiento he de ser yo el elegido para renovar la triste memoria de el amado de Dios, y de los hombres? ¿No basta haber sentido toda esta Santa y Real Hermandad el mas fatal catástrofe, sin que sea yo el Ministro de una renovacion tan dolorosa? ¿No es suficiente haber perdido todos nosotros un Protector, un Padre, un Rey benéfico, sin querer registrar tan reciente y tamaña herida en el corazon de V. E?

Las honras de los padres, dice San Gerónimo, era propio destino de los hijos el predicarlas. ¡Desapiadada costumbre, que aquel que es mas sensible en la pena, se haya de dar con ella el mas cruel tormento á sí mismo! A mí me parecia, Señor, que esa tumba, esas pavesas, ese fúnebre aparato, que se nos presenta á nuestros ojos, representaban bastantemente aquel dolor violento que aquejó el robusto corazon de los Españoles, dexando á V. E. y á to-

dos mis hermanos esclavos y cautivos del mas tirano sentimiento. Bastaba, Señor, conocer prácticamente, que la muerte cubrió con tristes sombras nuestros corazones que nos quitó con la fuerza del dolor nuestra vida, que privó á la Corte del espíritu que la animaba, á Nápoles de su gloria, á Madrid de su honor, á V. E. del mejor Hermano, á ambos Mundos de su oráculo, á los Reynos extrangeros de su mediador; y á todos, finalmente, de su amparo, de su consuelo, y de su proteccion.

¿A vista de este catástrofe, de esta herida, y de esta inexplicable pena, tendrá aún valor V. E. para que yo le renueve su sentimiento? Si al pacientísimo Job (1) el consuelo de sus amigos le consternó del todo, por sola la memoria de sus pasadas desgracias, ¿podrá la paciencia de V. E. aguantar su pena sin prorrumpir, como aquel Profeta, en iguales ó semejantes quejas de indignacion? ¡Ah! no lo permita Dios. V. E. sabe que en la mano del Señor está el poder y el imperio; y que la muerte es un comun tributo, que se debe por el contagio del pecado. V. E. adora los inescrutables juicios de la Providencia del Altísimo; pero yo sé, que si el llanto, segun las Escrituras (2), ha de ser propor-

(1) Job cap. 11. c. 22. c. 8. c. 40. (2) Eclesiast. 38.

cionado al mérito de la persona que se llora, no existe en V. E. bastante caudal de lágrimas para rociar ese fatal monumento de nuestra pérdida. Yo no tendría el atrevimiento de proferir una expresión tan violenta, si no leyese en las Escrituras la confirmación de la verdad que pronuncio. Sí, Señor Excelentísimo. La muerte de Abner, Caudillo principal de los Ejércitos de Saúl, de tal manera consternó el ánimo de David (1), que arrebatado del sentimiento, prorrumpió en los mas tristes ayes y sollozos que pudo inventar un corazón lastimado. Sabed, dice á los Israelitas, sabed que un Príncipe, y el mas grande, ha muerto hoy en Israel. Cesen ya todas las alegrías y júbilos; inúndense las calles de Hebron con las corrientes del llanto. Murió Abner; aquel Príncipe á quien vistió de valor, y constancia el Cielo. Murió Abner; á quien su prudencia y su fortaleza invencible le granjeó las aclamaciones mas heroicas. Murió Abner:: ¿pero para que me canso? David, Hebron, todo el Pueblo lloró la funesta, é inopinada muerte del sabio y valeroso Abner. Asi se lee en el libro segundo de los Reyes.

¿Pero qué comparación, Señor, tiene toda esta expresión de los Libros Santos, toda

da

(1) 2. Reg. c. 3.

da esta pérdida, todo este llanto, que no sé si acaso ha habido otro mas encarecido, con los pavorosos ecos, las pompas fúnebres, los tristes gemidos, que por todas partes nos recuerdan que el Príncipe mas grande del Pueblo Católico, el Rey de las Españas, el Monarca de ambos mundos, Don Carlos III. murió en la funesta noche del 13 al 14 de Diciembre, del año pasado de 88? En buen hora repita David los elogios de Abner; desaten todos el corriente de sus lágrimas sobre el sepulcro del mejor Protector y amigo; celebren por únicas sus exéquias; nada, nada alcanza al acervo dolor que ha sobrecogido á nuestros Españoles en la triste muerte de nuestro Rey Augusto. Rey, que elegido por la mano de Dios para el gobierno de las mas vastas Provincias, á todas las conduxo por los caminos rectos de la verdad, equidad y justicia. Rey, que no se sabe que jamás siguiera el consejo de los impíos, andubiera por los caminos de la maldad, tuviese parte en la cátedra del error, ni que su corazon ó esperanza se complaciese en el oro, ó en los tesoros del dinero. Rey, que despreciando el modelo de los Filipos, los Alexandros y los Césares, consulta con Dios, como David, las cosas mas altas; embia á los Pueblos, como Josafat, Levitas y Sacerdotes para la instruccion de la Ley de su Dios; ordena,

como Ezequías, el culto del Altísimo; desfiende, como Joram, sus derechos y pactos; y su reynado adquiere aquellas bendiciones anunciadas en el Deuteronomio (1); esto es, la mas larga sucesion de tiempo, y el mas dilatado imperio sobre la casa de Israel.

¿No es este, Señor Excelentísimo, el mas fiel retrato de un Monarca grande, de un Príncipe heroico, de un Rey justo, y para decirlo de una vez, de un Rey Católico? pues vea aquí V. E. el caracter de Don Carlos III. ¿Qué me engaño? V. E. mismo, Señor, toda la Corte, la España, las Potencias extrangeras han experimentado de cerca estos prodigiosos efectos. Sus virtudes, sus acciones::: ¿pero qué digo? Vos solo, Dios mio, las conoceis. Vos solo sois el escudriñador del corazon del hombre. Yo no puedo penetrar la rectitud de los caminos de nuestro Monarca. No soy tan temerario, que me atreva á decidir su suerte, ni sé si habrá sido vaso de honor ó de contumelia; réprobo con Esaú, ó electo como Jacob; pero sí me atreveré á decir con vuestra gracia, en medio del Santuario, que su conducta y su virtud, en quanto cabe baxo de mi juicio, fue muy conforme á su ministerio y á su caracter. Dad-

(1) Deuter. 17. v. 18.

Dadme, Señor el don de la palabra, para anunciar esta verdad, desnuda de toda adulacion, ó baxeza ; y vosotros, Hermanos míos, escuchadla con aquella docilidad que exige esta materia, y con la mas favorable atencion y creencia.

Un Príncipe , y el mas grande , ha muerto hoy en Israel : con estas expresiones, vuelvo á decir, manifestó David la muerte de Abner, la alevosía de Joab, la pérdida del Pueblo , y las prendas heroicas que adornaron el alma grande del valeroso General de los Exércitos de Saúl. No sé, que jamás se llorase con lágrimas mas tiernas la muerte de algun Protector, ó Amigo, que con las que David y su Pueblo lloró sobre el sepulcro de este Héroe; pero á pesar de estas expresiones de sentimiento y de desgracia, yo no puedo convenirme en formar un paralelo igual de las prendas de Abner con las de nuestro virtuoso Monarca. Todo el elogio de Abner, segun se infiere de los Libros Santos, se reduce á ser primo hermano de Saúl, Príncipe de la Milicia, valeroso, prudente, constante, que vengó á Israel de sus contrarios, é hizo que el
nom-

nombre del Pueblo del Señor fuese respetado de las naciones enemigas. Estè linage de alabanzas, que hace recomendable el mérito de una persona de caracter, es debil fundamento para formar todo el Panegírico del Rey de las Españas. Basta pronunciar el nombre del grande Rey Don Carlos III., para que se conozca que su sangre ha circulado por las augustas venas de los Reyes de Francia y España, y que los Clodoveos, Alfonsos, Luises y Fernandos han sido el modelo de sus heroicas virtudes. Yo no dudo, que si Abner hubiera alcanzado el cetro de Israel, su animosidad y talento le hubieran grangeado los mayores elogios en la historia; pero la distancia grande, que resulta entre un buen Monarca y un buen vasallo, da bastantemente á conocer la diversidad de la persona, del mérito, y de las alabanzas. En la preciosa vida de nuestro Monarca no encuentro yo aquellas acciones comunes, que exâgeradas por la historia, forman un elogio recomendable; encuentro sí un complexò de todas las prendas de Abner, del zelo de David, de la sabiduría de Salomon, de la fe de los Macabeos; en una palabra, de todas las virtudes que caracterizan á un Rey que *desempeñó exâctamente las obligaciones de Rey en orden á Dios, y en orden á los hombres.*

PRIMERA PARTE.

No es el imperio de un Rey, nacido en Madrid, educado en la Religion Católica, y en la fe de sus Padres, el despotismo de la autoridad, ni la obstentacion de sus Estados. Por mas que Aristóteles y Machiavelo coloquen por único fin de una República, el poder en la guerra, la extension de dominios, la propia conveniencia, y la razon de estado; la Religion de Jesu-Christo condena tan abominable política. Aun la experiencia misma nos ha hecho ver en la soberbia Roma, y codiciosa Judéa el funesto desastre de sus Imperios por el seguimiento de aquellas máximas. No, no asi en las Repúblicas Christianas. La felicidad de estas depende de la proteccion inmediata del Altísimo, y el tesoro mas precioso del Reyno, de la piedad, y religion de su Príncipe. Esta máxima tan repetida en las Escrituras y en las Historias, la vimos nosotros apoyada en el religioso Monarca Don Carlos III. Habia leído en los Libros Santos, que el obtener la dignidad de Rey es lo mismo, que ser Dioses (1) ungidos del Señor, Ministros, Vicarios de Dios, antorcha

(1) Exod. 22. 1. Reg. 24. 2. Paralip. 6. 2, Reg. 21. Isai. 49. &c.

cha de los Pueblos, apoyo de la Iglesia, y que su conducta exigía la mayor santidad y justificación. Con este designio, apenas se presenta en Nápoles, toda la Corte admira una virtud sólida, un zelo grande, un exterior devoto, símbolos nada equívocos de la rectitud de su corazón.

¡ Ah! si yo pudiera ahora pintar con todos los colores de la eloquencia aquellos suaves coloquios, que en lo escondido de su Real Cámara, como otro David, dirigia á su Dios y Señor! ¡ aquellas alabanzas, que en la aurora del dia daba en señal de agradecimiento y homenaje! Yo ni sé, ni puedo dar otra idéa del heroismo de su virtud. Vos, Dios mio, lo sabeis todo desde lo alto. ¡ Que gloria, Señor, sería para mí poder aqui representar la viveza de fe, de religion, de amor, de devocion, y de virtud, que resplandecia en el Rey Don Carlos! Vos solo podeis conocer aquellas dulces efusiones del corazón, que derramaba ante vuestra presencia, y al pie de los altares. Reyna, y Señora, con el precioso título del Carmen, ¿ no fuisteis vos para este Monarca el objeto de sus delicias en Nápoles, y el mayor asilo de este Príncipe? ¿ Napolitanos, qué admirabais en vuestro Rey desde la corta edad de 21 años en que ocupó el trono? ¿ No fue este, el que en los 23 años de su Reynado, siempre piado-



so , siempre justo , hizo alarde de protector de la Religion ? ¿ No fue este , el que imitando á David (1) , Ezequías y Josías mantuvo aquella rectitud de corazon ante el acatamiento de Dios , que es el elogio de un Rey , segun las escrituras ?

Permanecerá siempre en la memoria de la Corte de Italia , la humildad , la modestia y edificacion de un Rey , cuya devocion en el Templo ofreció á la Religion un espectáculo mas glorioso , que el que presentaron de su grandeza en la Corte y Capitolio los Asueros y Césares. El culto del Santuario , la reparacion de las Iglesias , el honor del Sacerdocio , fueron siempre el primer movil de la caridad del Monarca. El Convento de Monjas de Santa Teresa , la Real y Militar Orden de San Genáro serán para las futuras edades un testimonio de la religiosa devocion de este Príncipe. Asi que , el fuego del zelo de Dios , que le devoraba le obligó á repetir freqüentemente: *confio en Dios , que he de contener el corso de los Moros , que tanto daño causan en perjuicio de la Religion.* Paréceme , que le oigo decir con nuestra Madre la Iglesia: defended , Señor , á vuestro Pueblo , y perdonad sus culpas. Yo no alcanzo , ni puedo atreverme á registrar los favores que le dis-

pen-

(1) Deuter. 17. v. 18.

pensó el Cielo , ni el grado de virtud á que se elevó este grande Héroe ; pero si por las Escrituras se le manda á Josue (1) , que se arme de valor , como varon fuerte , para dar cabal cumplimiento á la ley , que recibió de Moisés ; que no se aparte de ella á la derecha ni izquierda , si quiere proceder en todo con acierto ; el haber desempeñado exâctamente las obligaciones que la Divina Providencia le ha encomendado , es un argumento grande de la virtud del Monarca , y de la proteccion del Altísimo. ¡Oh Rey verdaderamente justo ! tu corazon midió las sendas de la justicia , adquirió las complacencias del Cielo. Tú has cumplido con exâctitud las obligaciones de Rey en orden á Dios , y no con menos exâctitud has desempeñado tambien tu obligacion en orden á los hombres.

Quando digo que el Rey Don Carlos desempeñó las obligaciones de su empleo en orden á los hombres , no es mi ánimo recordar á V. E. aquellos felices pronósticos de su niñez , que anunciaban la grandeza de su Reynado. Una alma grande , un corazon docil , un entendimiento claro , heredado de su Augusto Padre , protegido baxo la educacion de los Santisteban y Paneles , no podia menos de producir en tiempo los mas

XIX. sa-
 quando despues de su conversacion

(1) Josue 1.

sazonados frutos. Su infancia , su juventud y su ancianidad , solo parece se han distinguido en el exterior de su semblante. La dulzura de su trato , la rectitud de su corazon , la igualdad de su genio y juiciosa entereza , señalaban siempre los caracteres de Magestad. En la corta edad de 12 años , ya admiraba la emulacion los mayores progresos , apoyados en el perfecto uso de las lenguas Castellana , Latina , Italiana y Francesa. La Geografía , Cronología , Geometría , Aritmetica , Música , Esgrima , Baile , Montar á caballo ; todas las instrucciones de un Caballero eran en el Infante Don Carlos la admiracion de todos. La Historia , ciencia propia para reynar un Príncipe , segun el célebre Tomás Moro , era el embeleso de su juventud. La Historia general , la Eclesiástica , la Secular , la del Viejo y Nuevo Testamento hallaban en su memoria feliz la mejor subsistencia. Las razas , las sucesiones , los hechos de los Reyes de España , Francia é Italia eran para nuestro Infante una vulgar literatura.

Esta escogida instruccion acompañada de un genio vivo y penetrante , pero juicioso , le grangeó la mayor aceptacion , y mayores elogios. El epiteto de sabio lo adquirió aún antes que se publicasen del todo sus triunfos. Bien altamente llegó á conocerle Benedicto XIV , quando despues de aquella larga conversacion

con

con el Monarca en su viage á Nápoles, quedó Roma admirada, y aquel grande Pontífice de tal modo absorto, que le obligó á prorumpir en las expresiones mas encarecidas. *Yo quisiera*, decia este Varon doctísimo, *que hubiesen oido los mas ancianos esta conversacion, para que todos aprendiesen de un Príncipe joven.* ¡Ah! hablad vosotros Parmesanos; ¿qué concepto hicisteis de la bondad y magnificencia de vuestro Duque? Sicilianos, ¿qué ideas formasteis de vuestro joven conquistador? Reales de Bitonto; ¿qué juicio hicisteis de su pericia militar? Gefes de Marina; ¿quántas veces le oisteis hablar de Arsenales, de Astilleros, de construccion de navíos con tanta propiedad, como el Oficial mas inteligente? Palacio de Nápoles; ¿no le has escuchado tu en medio de la Corte: *Yo tambien soy algo marinero, y lo entiendo, porque he querido saberlo todo, y me he informado de lo que cuesta, hasta el último cabo; porque mal puede mandar, quien no lo entiende?* ¡Ah Rey verdaderamente grande! ¡Ah Rey justo! Sabio en la Política, en la Ethica, persuade, instruye, exôrta; y la grandeza de sus hechos corre, pasa, vuela como un relámpago por toda la Italia, y Reynos extrangeros. El mismo previene á las necesidades, socorre á los Pueblos, oye sin aceptacion de personas, obra en justicia; y Nápoles, todas las